malquistarle con el valido Godoy, si bien infructuosos, parecieron ser el vaticinio de las desgracias que iban á afligirle. Invadida por los franceses la España en 1808, cuando estos desocuparon Madrid á consecuencia de sus derrotas, Moratin abandonó la corte, mas bien siguiendo la voz de su genio tímido y recelando del favor que á Godoy habia debido que manifestando una resolucion política. Al fin tras las vicisitudes de aquella guerra, acogido favorable y aun amistosamente en Barcelona, el rey puso término á las dudas que en tiempos tan turbados podian oponerse á su nombre de buen español; y no solo le admitió á purificacion y le repuso en el goce de sus bienes, sino que quiso recompensar su talento con un cargo que le valiese honra y lucro. Moratin prefirió una oscuridad sosegada y los goces de la amistad á los destinos: alternó su residencia, ya en Barcelona, ya en Paris, ya en Burdeos, donde quiera que sus constantes amigos fuesen á morar; disposicion de ánimo sobrado melancólica y recelosa, que las enfermedades contraidas con su laboriosidad acrecieron. Y como si ella le avisase de su cercano fin al poner en sus manos el arpa dolorosa con que entonó su *Elegia á las Musas*, esta fue realmente la postrera de sus composiciones poéticas, pues sus males se agravaron á poco, y espiró en Paris á 21 de junio de 1828. ¿Yacerian mejor sus cenizas en su patria que en suelo estrangero, cerca de la tumba del gran Molière?

De esta *Epoca* de restauracion de la lengua y de la Literatura, no menos gloriosa por los esfuerzos de estos ilustres españoles que la de Felipe II por las obras, viven los dos escritores que han venido á simbolizarla y á unirla con otra en que hemos entrado. Son D. Manuel José Quintana y D. Francisco Martinez de la Rosa; ambos señalados como críticos y preceptistas, esmerados en su prosa, que el primero mameja con facilidad, nobleza y nervio, á veces con cierta sobriedad mayormente en el género crítico y en el histórico, y en estos y en el drama el segundo con mas gala, mas afluencia y mas rotundidad de los períodos. Aquel honra á Madrid, donde nació en 1772; este puede ser motivo de orgullo á Granada, en la cual vió la luz primera en 1789: la España cifra en uno y otro su principal ornamento, pues la buena prosa castellana revive severa, castigada y digna en las *Vidas de Españoles célebres* y en la *Introduccion* á las *Poesías selectas* de Quintana,

amena, noble y armoniosa en la *Vida de Hernan Perez del Pulgar*, en la *Conjuracion de Venecia*, en el *Espíritu del siglo*, en el *Bosquejo histórico de la guerra de las comunidades*, y en muchos de los discursos que á Martinez de la Rosa le han elevado al primer lugar de la oratoria parlamentaria.

Asi como en estos remata la serie de escritores que restauraron la Literatura, D. Mariano José de Larra encabeza otra mucho mas fecunda, y en cierto modo representa la *Epoca* nueva que va discurriendo. Ello es cierto que el fondo de sus obras lleva estampado el sello del espíritu de los actuales tiempos, y su prosa sin participar tanto del corte frances como la de ciertos autores de la Epoca anterior, toma de los antiguos la parte de armonía, elegancia y diccion que es compatible con la mudanza sobrevenida en el idioma, y compone una frase que muy á menudo es modelo de la verdadera que hoy cuadre á las plumas españolas. ¿Y no marcan tambien otro período aquella aparente desigualdad, aquella viveza, aquel desasosiego que tanto la desemejan no solo del sesgo magestuoso de nuestros clásicos sino aun de la sátira de Quevedo? El hervor de los bandos políticos, la lucha de todos los intereses y de todas las creencias tienen en ella un intérprete cumplido, demasiado cumplido en verdad, ya que la agitacion social está allí como retratada, y el desventurado autor, víctima de ella y vacilante en su fe, ahinca en deducir sus amargas consecuencias de cuadros y de consideraciones no menos funestos que falseados. Pero este vacío y este vértigo pusieron en sus manos el arma del suicidio; y pues un féretro ensangrentado atestigua que no fingió su escepticismo, no pronunciemos su nombre sino para compadecerle y llorar el estravío de tan gran talento, ni abramos sus obras sino para gozar de aquel su estilo enérgico é incisivo, vivo y lleno, ya rico de entonacion, ya familiarmente ligero y fácil, espresivo en sus descripciones de lugares, de hechos, de personas y de caractéres, á veces inocentemente chistoso, otras amargamente satírico y picante, no pocas animado con la vehemencia de la indignacion, y, duele decirlo, de una completa falta de esperanza.—Nació en Madrid á 24 de marzo de 1809, y puso término á su vida á la edad de 28 años, á 13 de febrero de 1837, despues de haber sido objeto de la general atencion con aquella serie de artículos literarios, po-

líticos y de costumbres, que sin disputa han sido lo mas profundo que durante los primeros años de este turbulento período llenó las páginas de los diarios. Ellos estan diciendo el lugar que hoy ocuparia quien en tan corta vida dió tales muestras de una inteligencia privilegiada.

Hoy en dia la buena prosa es cultivada por no escaso número de escritores; y ciertamente sus obras ofrecen rica cosecha de bellezas á una coleccion como la presente : mas la imparcialidad de la crítica y la amistad que con algunos me une ni se avienen ni aconsejan estender mas esta *Noticia*.

D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA (*).

Introduccion al libro I de la GUERRA DE GRANADA.

«Mi propósito es escribir la guerra que el rey católico de España don Felipe el II, hijo del nunca vencido emperador don Cárlos, tuvo en el reino de Granada contra los rebeldes nuevamente convertidos; parte de la cual yo ví y parte entendí de personas que en ella pusieron las manos y el entendimiento. Bien sé que muchas cosas de las que escribiere parecerán á algunos livianas y menudas para historia, comparadas á las grandes que de España se hallan escritas : guerras largas de varios sucesos; tomas y desolaciones de ciudades populosas; reyes vencidos y presos; discordias entre padres é hijos, hermanos y hermanos, suegros y yernos; desposeidos, restituidos y otra vez desposeidos, muertos á hierro; acabados linages; mudadas succesiones de reynos; libre y estendido campo, y ancha salida para los escritores (1). Yo escogí camino mas estrecho, trabajoso, estéril, y sin gloria; pero

(*) Véase la noticia de su vida y escritos en la pág. 60.